
Jan Dessau

¿Qué diferencias y para qué agriculturas?

Abordamos ahora, en este conjunto de estudios, el examen de sistemas productivos «diferentes», es decir, de una agricultura que no es la agricultura industrializada dominante.

La idea es relativamente nueva. Hace apenas cinco años, sólo el modelo dominante se beneficiaba de los trabajos de investigación y de las políticas de desarrollo. Sólo a él se referían todas las cuestiones. El resto existía, por supuesto, pero era considerado bien como una reliquia del pasado, bien como una marginalidad condenada a permanecer como tal. La reliquia era esencialmente la agricultura campesina, y se pensaba que la misma debía o desaparecer, o bien conformarse al modelo dominante: la mancha de aceite del progreso no la había aún alcanzado, pero no tardaría en hacerlo. La marginalidad era la agricultura biológica, denunciada, agredida, descartada, como si fuese la expresión de una vieja nostalgia y de doctrinas acientíficas.

Cuestión de tiempo: todo no se consigue de un golpe, pero a todo llega su hora. De cualquier manera el progreso, la técnica, la modernidad tenían que ganar.

Lo que hoy aparece como nuevo, es en primer término que las cosas no han sucedido así: el modelo dominante no ha, de hecho, absorbido a toda la agricultura, ni mucho menos. Es también, y quizá sobre todo, que nos estamos dando cuenta de ello, es decir que los agricultores de esta otra agricultura afirman una voluntad creciente, explícita, de hacer algo distinto y de otro modo, y que quienes les observan —investigadores, técnicos, algunos políticos— constatan que algo resiste y sobrevive, y que este algo es importante. La imagen se debilita en un progreso científico y técnico, como si el mismo fuese unido: no se trata ya de una tradición, es cuanto menos la coexistencia de dos conjuntos de sistemas agrícolas, y quizá de un futuro diferente.

Los análisis que siguen explican este cambio a la vez por las dificultades que encuentra el modelo industrializado, y por la aparición, en la agricultura «diferente», de una explícita voluntad de resistencia concretada por estrategias específicas de supervivencia. No quiero resumir estos análisis, sino simplemente proponer algunas reflexiones y plantear algunas cuestiones sobre el conjunto del proceso.

1. La noción de modelo tecnológico dominante, o de tecnología dominante, no es nueva; tampoco está limitada a la agricultura. Existen análisis, por ejemplo, de la sucesión carbón-petróleo-energía nuclear en el terreno de la energía, de la secuencia tracción animal-ferrocarril-automóvil en el de los transportes, así como análogas evoluciones en otros sectores de la actividad social.

El examen de estas evoluciones muestra bastante bien que podemos generalmente identificar, en un momento dado, una tecnología dominante, pero que esta dominación no es definida jamás por criterios cuantitativos simples: la tecnología dominante no es necesariamente mayoritaria (si bien puede serlo evidentemente); es sobre todo la que corresponde a los objetivos estratégicos de las fuerzas sociales dominantes, y es consecuentemente el objeto de un conjunto de estrategias y acciones políticas y económicas, científicas y técnicas, ideológicas y culturales, por parte de los centros de poder públicos y privados.

La nitidez de este proceso en el ámbito de la energía y el peso concedido a este sector por la opinión pública, por razones evidentes, con toda probabilidad han modelado la imagen, en ocasiones erigida en teoría, de la «sustitución» de una tecnología dominante por otra. Así, el petróleo es considerado como «sustituto» del carbón en todos sus usos y en el marco de las mismas estrategias, y la energía nuclear, a su vez, como sustituto del petróleo. De igual manera, la agricultura biológica es, para algunos de sus defensores, la solución de recambio, y sus adversarios se esfuerzan en probar que la misma es incapaz de «sustituir» (por falta de rendimientos suficientes o por falta de fuerza de trabajo disponible) a la agricultura industrializada.

La idea de la sustitución ha sido siempre falseada, y lo es ahora de forma muy evidente. La agricultura industrializada y la otra agricultura coexisten, y a medida que la agricultura diferente se estructura, aparecen significativas interacciones entre una y otra. La agricultura industrializada no pretende o no pretende ya (¿lo ha hecho nunca, salvo en el discurso de quienes suministran su sostén ideológico?) ocupar la totalidad del espacio rural. La misma tiende ahora, al menos en las intenciones declaradas de algunos dirigentes, a adoptar orientaciones técnicas que evocan las de la agricultura diferente.

Esta, por su parte, no rechaza la totalidad de los medios técnicos, instituciones sociales y relaciones de mercado puestas a punto por o para la agricultura industrializada: más bien se propone escogerlas según sus propias estrategias, combinarlas de manera diferente y dominarlas mejor.

Una y otra, pues, evolucionan juntas, lo que no es, tampoco, una situación nueva ni reservada en exclusiva a la actividad agrícola: nos encontramos probablemente ante una de esas «estrategias dobles» analizadas por Yves Barel (1) mediante las cuales las fuerzas sociales dominantes practican simultáneamente una estrategia visible, objeto de discurso y

(1) Ver, fundamentalmente, *la reproducción sociale*, Anthropos, París, 1975, y *La ville médiévale*. Presses Universitaires de Grenoble, Grenoble, 1979. La idea de intencionalidad o casi intencionalidad evocada anteriormente es tomada igualmente de Yves Barel.

de políticas explícitas, y la estrategia «inversa», que tiende a otra cosa y que en consecuencia refuta la primera, pudiendo coexistir una y otra durante largos períodos.

Hoy vemos mejor que la agricultura industrializada no puede ser aplicada hasta sus últimas consecuencias, con la utilización de todo su potencial técnico, con la ocupación de todo el espacio disponible, sin ir hacia su propia destrucción. Los esfuerzos de adaptación, de flexibilidad, que actualmente ilustran las consignas de «economía» y «autonomía» son a la vez instrumentos destinados a permitir la supervivencia de esta agricultura y el mantenimiento de su dominación, y a hacerla desaparecer en la misma medida en que son característicos de otra agricultura.

La «decisión» no ha sido tomada; la elección no es previsible.

2. Queda por esclarecer con algo más de precisión que es esta «otra» agricultura.

En primera aproximación este término designa evidentemente todo lo que no es especializado, concentrado, fuertemente equipado, muy dependiente de la adquisición de bienes intermedios de origen industrial. Para una reflexión muy general, esta definición negativa, «a contrario» parece suficiente.

Pero desde que planteamos la agricultura diferente como un conjunto que tiene una estructura, que tiende intencionadamente a reproducirse, y desde que queremos ver desde más cerca lo que ocurre, es muy necesario sistematizarlo un poco.

Nos enfrentamos entonces con un hecho evidente: que esta agricultura, que globalmente aparece diferente de la agricultura industrializada, es ella misma extremadamente diversa, lo que lleva a plantear esta pregunta: ¿es la agricultura diferente, diversa por la exclusiva razón de que su modelo no ha sido todavía «fabricado» al modo en que se han ordenado en un discurso coherente, apoyado por políticas definidas, los elementos técnicos, económicos e ideológicos del modelo dominante? ¿o bien es diversa en virtud de

su misma racionalidad, que reclamaría que un sistema no industrializado fuese también, inevitablemente, no uniformado?

Pues la agricultura industrializada ha producido —o más bien, se ha producido para ella— un discurso potente que a la vez crea y difunde su modelo, dibujando así un sistema productivo, cuya homogeneidad parece fuerte en la medida en que todos sus elementos tienden a situarse en los niveles tecnológicos más avanzados.

Es claro, sin embargo, que la realidad es menos homogénea que el modelo, y que las explotaciones modernas lo son de manera diferenciada y en diverso grado. No hay evidentemente en Francia (pero podría quizá plantearse la cuestión para Holanda y Dinamarca) una agricultura concreta que sea perfectamente uniforme y coherente.

Por el contrario, el discurso que refleja y sistematiza las orientaciones tecnológicas concretas es de una fuerte coherencia, juega sobre palabras clave y eslóganes poco numerosos y eficaces, y la producción científica y técnica se sitúa en una gama de opciones relativamente estrecha y claramente definida. La credibilidad, la imposición, el impacto del modelo son, pues, considerables; y la distancia entre el modelo teórico y los diversos sistemas productivos que cubre es con gran frecuencia ocultada y olvidada.

Por el contrario, la agricultura diferente no ha sido objeto de la misma producción tecnológica, económica e ideológica. El modelo al que nos referimos habitualmente, y ello de forma implícita o inconsciente es el de la explotación de policultivo, ganadería del pasado, cuando la agricultura diferente pretende decididamente ser algo distinto. La misma agricultura biológica, cuyas técnicas han sido sistematizadas mediante canales científicos e instituciones reconocibles, ha producido modelos de sistemas productivos, y no un modelo único. De hecho, la agricultura diferente está mucho menos adelantada en la elaboración de un modelo —o de un discurso sobre los sistemas productivos— que la agricultura industrializada, en tanto que la reflexión y la discusión confunden fácilmente una y otra, es decir comparan la coheren-

cia y homogeneidad del modelo abstracto de la agricultura industrializada con la diversidad —que fácilmente consideramos como incoherencia o inexistencia— de la agricultura diferente.

Para esclarecer la discusión, sería preciso, pues, en primer lugar saber de que hablamos y sólo después situar las comparaciones y diferencias a los mismos niveles.

3. Esta clarificación no puede ser, sin embargo, sino una primera aproximación que conduzca rápidamente a precisar la segunda alternativa: ¿podemos traducir los sistemas productivos diferentes, nuevos, mediante un modelo único? O bien, precisando un poco más: ¿no es precisamente una de las características esenciales de estos sistemas productivos el adaptar a las condiciones ecológicas y sociales muy variables las combinaciones técnicas también muy diversas?

No podemos evidentemente responder en abstracto a esta pregunta, y sería preciso, para dilucidarla, disponer desde ahora de un sustancial número de estudios concretos de esta agricultura.

La definición que de los sistemas productivos da el nuevo departamento del INRA sobre los sistemas agrarios y el desarrollo va en este sentido; dice así:

«El término de *sistema agrario* es empleado, generalmente, para caracterizar, en el *espacio*, la asociación de producciones y técnicas aplicadas por una *sociedad* con vistas a satisfacer sus necesidades. Particularmente, expresa, la interacción entre un sistema bioecológico, representado por el medio natural, y un sistema socio cultural, a través de las prácticas que son el resultado de los conocimientos técnicos» (2).

Podemos intentar ir un poco más lejos, proponiendo la idea de que la voluntad explícita de hacer algo distinto, y de hacerlo colectivamente, es una condición necesaria de la su-

(2) B. Vissac y A. Mentgen: «Présentation du Département de recherches sur les systèmes agraires et le développement», en *Elements pour une problématique de recherche sur les systèmes agraires et le développement*, Inra, París, 1980.

pervivencia y del desarrollo de las agriculturas diferentes; y podemos, a partir de esta idea, identificar los grupos de agricultores que tienen a la vez una práctica diferente y un discurso que sistematiza esta práctica para después estudiar esta intención, así como la estrategia que de ella resulta, y sus elementos concretos, técnicos, económicos y sociales.

Aunque este enfoque ha sido ya intentado con resultados positivos por François Pernet e Yves Le Pape, es probablemente prematuro afirmar que sea el más eficaz. La reflexión, el estudio, la encuesta, no están sino en sus inicios. Sin embargo, lo que parece cierto, es que las tipologías construidas con criterios técnicos y que conducen a muestreos supuestamente representativos estadísticamente no conducirían a grandes resultados. Valdría más relacionar —aunque esto no es fácil— las historias razonadas de grupos de explotaciones que se pretenden diferentes. Y en todo caso, el objetivo no puede ser el de suministrar a estos grupos, desde el exterior, recetas teóricas destinadas a ser comercializadas por la industria y codificadas por la administración —recetas que, por otro lado, serían inevitablemente uniformes. Es preciso invertir el proceso, y ver desde mucho más cerca qué innovaciones técnicas y sociales han sido puestas en práctica, y cuáles son sus posibilidades de difusión. La imposibilidad de utilizar los métodos usuales no es, pues, una pérdida real. La investigación, además, no se sitúa en el terreno de la economía, sino en el marco más amplio de las ciencias sociales en general. La misma se abre a enfoques que deberían lógicamente ser también lo más abiertos posibles, al menos si pensamos que no hay un agricultura diferente destinada a sustituir a la agricultura industrializada, sino sistemas productivos que son a la vez diferentes y diversos, y cuya resistencia al modelo dominante no es exclusivamente un rechazo, sino también el anuncio de un futuro cuyo modelo aún no está construido.
